



Prot. nº: 2024/0894

Badajoz, 11 de octubre de 2024

Queridos hermanos en el sacerdocio, en la vida consagrada y laicos, agentes todos de la acción evangelizadora en nuestra Archidiócesis, paz y bien.

En el tiempo que llevo entre vosotros, que está pronto a cumplirse el primer año, he comprobado la capacidad de acogida con que vivís humana y creyentemente. Es lo primero que quiero agradecer de corazón. Desde el primer momento de llegar a estas tierras extremeñas me habéis hecho sentir como uno más entre vosotros, haciéndome participe inmediatamente de vuestras ilusiones y proyectos. Ahora me toca a mí animaros para que estos se hagan realidad contando con el apoyo e implicación de todos y cada uno de vosotros. Cuento con vuestra ayuda, sin la cual nada podremos avanzar.

Acepté con gusto la propuesta del Papa Francisco para ser el “obispo entre vosotros” –parafraseando a san Agustín– sabedor y consciente de la responsabilidad que suponía, pero al mismo tiempo ilusionado por poder trabajar junto a vosotros en la construcción del Reino de Dios entre los hombres. Extremadura es para mí una tierra querida; no un lugar de destino, sino una porción del pueblo de Dios (cf. ChD 11) que avanza con esperanza hasta la tierra prometida por el Señor en espera de su realización definitiva. Soy consciente de la historia vivida durante siglos y de la fe que arraigó en estos parajes desde los primeros tiempos del cristianismo, como así lo manifiestan la presencia de insignes mártires de los siglos primeros y el crismón recientemente descubierto en la ciudad de Mérida. Vengo a sumar mis desvelos y anhelos evangelizadores precisamente a los de tantos que ya dieron su vida por ellos y a aportar mi singular carisma franciscano, y gallego, a lo mucho y bueno que se viene haciendo en la transmisión del Evangelio desde aquellos tiempos.

A eso quiere contribuir esta primera *Carta Pastoral* mía que ahora os presento. Os animo, ya desde el primer momento, a acogerla como lo que quiere ser: una exhortación a compartir la misma fe en un Dios Trinidad que nos invita a vivir en la comunión desde la diversidad de lo que somos cada uno (cf. *Ef* 4,4-6) y a seguir trabajando por la evangelización de nuestras gentes en una sociedad cada vez más plural y secularizada. Podrás encontrar desde el mismo título una animación a vivir con esperanza (*Peregrinos y profetas de esperanza*) en medio de una realidad que necesita de estímulos nuevos e incluso referentes sociales que les ayuden a mirar el futuro con expectativas renovadas. Los creyentes, cada uno en su condición y desde el lugar donde vive su fe, estamos llamados a impulsar un cielo nuevo y una tierra nueva donde brille la esperanza (cf. *Ap* 21,1), entregando nuestra vida –como ya lo hicieron muchos de nuestros antepasados– en

favor del bien de la humanidad y comprometiendo lo que somos en beneficio de una sociedad mejor y más humana. La “civilización del amor” de la que habló algún pontífice en tiempos no muy lejanos sigue siendo una necesidad a la que cada uno podemos contribuir con nuestra implicación y compromiso.

La estructura de la *Carta*, como podrás comprobar nada más abrirla y mirar su índice, consta de una breve introducción y cinco apartados, acompañados de una reflexión final a modo de conclusión. Los dos primeros apartados son de carácter más global y los otros tres forman un bloque en el que se concreta todo lo anterior referido de manera particular a los distintos estados de vida que componen nuestra Iglesia diocesana: sacerdotes, vida consagrada y laicos.

La primera mirada quiere detenerse en la realidad que nos rodea. La Iglesia tiene como misión el anuncio del Evangelio al hombre de hoy (cf. EN 14), vivir en medio de las realidades humanas para iluminarlas desde Cristo y conducir las a Él (cf. GS 22), hacer que “los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y afligidos, sean también gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo, porque nada hay verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón” (GS 1). La mirada a nuestra tierra extremeña y sus gentes nos depara una serie de datos que sirven de estímulo en nuestro compromiso creyente en ella. Una lectura esperanzada, partiendo de los aspectos positivos que vive el hombre actualmente, sin descuidar los elementos que hablan de una realidad más empobrecida y necesitada de cambios –incluso estructurales– nos invita a sentirnos implicados en su transformación. Por eso, no basta con hacerse consciente de lo que sucede a nuestro alrededor, sino que es necesario ponerse “manos a la obra”, comprender que la transformación nos compromete a todos, que no valen justificaciones estériles responsabilizando siempre a los mismos; estamos llamados a asumir la implicación que corresponde a cada uno, porque lo que está en juego es la construcción del Reino de Dios querido para los hombres.

En un segundo momento la mirada se fija en el interior de la propia Iglesia, partiendo de lo que somos, un icono de la Trinidad (cf. LG 4) que nos fundamenta en la comunión trinitaria y nos lanza consecuentemente a la vivencia de esa comunión, tanto entre los propios creyentes como con quienes no comparten nuestra misma fe pero sienten la llamada a mejorar la sociedad. Esta realidad teológica que nos constituye en lo que somos como Iglesia de Jesucristo es la que nos empuja a mirar el futuro en clave de esperanza evangelizadora. El Papa Francisco lleva unos años aportándonos unas claves muy sugerentes para ello. En su programática exhortación apostólica *Evangelii gaudium* ya nos interpeló con su lenguaje novedoso y su propuesta dinamizadora. Me hago eco de ella en estas páginas y hago mías sus motivaciones misioneras para nuestra archidiócesis. Con él me atrevo a hacer una apuesta por una Iglesia en salida, que es diálogo y coloquio, que quiere vivir de manera arriesgada, esperanzada, audaz y alegre, que se siente pobre, generosa, gratuita y servicial, que apuesta por ser comunitaria, sencilla y corresponsable y que quiere vivir desde la misericordia como rasgo identificativo.

Teniendo en cuenta este horizonte al que aspiramos de manera conjunta, en el bloque siguiente me dirijo de manera particular a cada uno de los estados de vida propios de la Iglesia (sacerdotes, vida consagrada y laicos), sin excluir con ellos que todos nos sentimos llamados a ser conscientes de la vida de los demás. Todos somos hijos de Dios por el bautismo y cada uno responsable de la acción evangelizadora de la Iglesia en función de su condición particular. A cada uno le corresponde asumir su responsabilidad de manera específica para contribuir al bien de todos (cf. *Ef* 4,1-16). Quiero que nos sintamos todos implicados en la consecución de este modelo de Iglesia que nos propone

el Papa para los tiempos que corren, respetando, lógicamente, la aportación que cada uno pueda prestar según su carisma y ministerio (cf. *1Cor* 12,4-11). Para todos propongo la misma ilusión que anima mi ministerio como pastor diocesano: estar muy atentos a la realidad en la que vivimos en el momento presente, observarla con realismo y ojos de misericordia y sentirnos esperanzados por su futuro.

Para que nos resulte más cómodo realizar esa mirada y proponer cambios que puedan ser efectivos, me he permitido incorporar unos cuestionarios en algunas partes que invitan a pararnos a reflexionar personalmente, y también en grupos especialmente destinados a ello, revisar nuestras actitudes y replantearnos algunas de las maneras que tenemos de llevar a cabo nuestra misión como Iglesia. Las preguntas inciden tanto en la realidad como en nuestra manera de estar en ella, teniendo siempre de trasfondo ese deseo de transformación y cambio que nos pide el Papa. Creo que sería bueno que aprovecháramos la oportunidad para compartir con otros compañeros –sacerdotes, consagrados o laicos–, o también formando grupos mixtos en las parroquias y/o asociaciones y movimientos, y dialogar acerca de nuestra situación actual y animarnos mutuamente para continuar en la tarea misionera de la Iglesia. No olvidemos nunca la motivación que nos anima, el mensaje de Jesús de ir a hacer discípulos suyos en todos los pueblos (cf. *Mt* 28,19), así como la confianza que nos transmite de estar siempre con nosotros hasta el fin del mundo (cf. *Mt* 28,20).

Solo me resta, para finalizar, animaros a tomar con ilusión esta primera *Carta pastoral* que tengo la oportunidad de dirigiros al comienzo de mi ministerio episcopal entre vosotros y contagiaros el deseo de seguir trabajando juntos en la acción evangelizadora de nuestra Iglesia. Me pongo a tu disposición para lo que pueda servirte de ayuda personal y comunitariamente en esta tarea compartida y cuenta con mi oración confiada al Padre, de quien procede todo bien y hacia donde se encaminan nuestros pasos, para que la misión encomendada siga adelante contando con la fuerza del Espíritu.

Recibid un abrazo cariñoso

Fr. José Rodríguez Carballo

* Fr. José Rodríguez Carballo, ofm
Arzobispo de Mérida-Badajoz

